

La nueva traducción del «Misal Romano» al castellano

José Antonio Goñi

Acaba de ver la luz la nueva edición del Misal en lengua española para las diócesis de España,¹ cuya traducción ha sido revisada para que respondiera con toda fidelidad y el máximo rigor a los textos originales latinos y que así no se perdiera precisión teológica.

Así lo indicaba el Decreto de promulgación de la tercera edición típica latina del *Misal Romano* (20 de abril de 2000):

A partir de la presente tercera edición típica, las Conferencias Episcopales, habiendo corregido cuidadosamente según el texto original latino las traducciones precedentes toda-

José Antonio Goñi, presbítero, doctor en Sagrada Liturgia por el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo, y licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana. Director de la revista «Phase».

1 *Misal Romano reformado por mandato del Concilio Vaticano II. Promulgado por la autoridad del papa Pablo VI. Revisado por el papa Juan Pablo II. Edición típica según la tercera edición típica latina, aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Texto unificado en lengua española del Ordinario de la Misa*, Madrid: Libros Litúrgicos 2016.

vía en uso, procurarán que, dentro de un periodo de tiempo oportuno, se lleven a cabo con toda fidelidad y el máximo rigor nuevas versiones en lengua vernácula del *Misal Romano*, debiendo ser reconocidas por la Sede Apostólica conforme a la norma jurídica.²

E igualmente lo mandaba la Instrucción sobre el uso de las lenguas vernáculas en la edición de los libros de la liturgia romana *Liturgiam authenticam* (28 de marzo de 2001), publicada un año después:

Es necesario que la traducción de los textos litúrgicos de la liturgia romana sea, no tanto una labor de creación nueva, sino de traducción fiel y cuidada de los textos originales a las lenguas vernáculas. Aunque se conceda la facultad de componer las palabras y establecer la sintaxis y el estilo para redactar un texto ágil en lengua vernácula y conforme al ritmo propio de la oración popular, es preciso que el texto original, en cuanto sea posible, sea traducido con total integridad y con la mayor exactitud: sin omisiones ni añadiduras, sin paráfrasis o glosas, en lo que respecta al contenido; las acomodaciones a la idiosincrasia de las diversas lenguas vernáculas es preciso que se realicen de manera sobria y prudente.³

Esta fidelidad al texto latino hace que el lenguaje utilizado en la traducción castellana pueda parecer en ocasiones anacrónico o poco comprensible para los creyentes del siglo XXI. Algunos preferirían que se empleara un lenguaje más actual, aunque se perdiera precisión teológica al hacerlo.

El Misal contiene textos de diferentes épocas, que recogen la tradición de la vida litúrgica, teológica, espiritual, devocional, de la Iglesia.

Sin embargo, al igual que en una obra literaria antigua, como *El cantar del mío Cid* o el *Lazarillo de Tormes*, o una obra espiritual clásica, como *Las moradas* de santa Teresa de Jesús o la *Llama de amor viva* de san Juan de la Cruz, se conservan las expresiones de la época sin actualizar al lenguaje actual, el Misal contiene

2 Decreto sobre la edición típica tercera *Tertio ineunte millennio* (Prot. N. 143/00/L: 20 de abril de 2000).

3 Instrucción sobre el uso de las lenguas vernáculas en la edición de los libros de la liturgia romana *Liturgiam authenticam* (28 de marzo de 2001), núm. 20.

textos de diferentes épocas, que recogen la tradición de la vida litúrgica, teológica, espiritual, devocional, de la Iglesia.

De modo que, más que traducir los textos actualizándolos, para evitar un lenguaje desfasado, podemos introducir a los fieles en el lenguaje de la liturgia. La ocasión puede servir para formar al pueblo fiel, elevando su nivel teológico. Eso mismo lo hemos hecho en otros campos, como en la economía, la medicina o el deporte, donde poco a poco vamos aprendiendo su lenguaje específico y sus expresiones más usuales, enriqueciendo nuestro saber en esos otros temas. Hagamos, pues, lo mismo con la liturgia: descubramos la teología que hay tras sus textos.

El término que mejor manifiesta que Jesús es el único ser, sin que haya otro, que ha sido generado de Dios, teniendo por tanto su misma naturaleza (homoousios), es «unigénito» (único generado).

Vamos a explicar algunos ejemplos concretos de términos o expresiones cuya traducción ha sido modificada con el fin de recoger mejor el trasfondo teológico que encierra el texto latino.

1. Unigénito

El término «Unigenitus» aparece en el Misal para referirse a Cristo en cuanto Hijo de Dios. Esta palabra había sido traducida por «Hijo único». Sin embargo, «Hijo único» no recoge plenamente los matices de «Unigenitus».

«Hijo único» puede utilizarse para referirse a una familia que solo tiene un hijo, sea varón sea mujer. Pero también puede usarse para señalar al único hermano varón, en un conjunto de hijos que todos son mujeres excepto él. O cuando en una familia que estaba formada por varios hermanos, todos han muerto menos uno, siendo entonces este el hijo único que queda.

Ahora bien, cuando decimos que Jesús es el Hijo único de Dios, queremos señalar que es el único, único, que no hay otro, varón o mujer, ni ha habido otros. En palabras del Concilio de Nicea, Jesús es el único Hijo de Dios que ha sido engendrado, no creado, nacido del Padre: «Filius Dei unigenitus, et ex Patre natus ante omnia

saecula... genitum non factum, consubstantialem Patri; per quem omnia facta sunt».

Y el término que mejor manifiesta que Jesús es el único ser, sin que haya otro, que ha sido generado de Dios, teniendo por tanto su misma naturaleza (*homoousios*), es «unigénito» (único generado). Recordemos que esta definición dogmática surgió para combatir la herejía arriana, que negaba la procedencia del Hijo por generación sino que fue creado por el Padre de una sustancia diferente a la suya, aunque fuera parecida.

2. Verbo

En cristología, Jesús es denominado con el término griego «Logos», recogiendo las palabras del prólogo de san Juan, expresando su pre-existencia como Hijo de Dios, como estableció el Concilio de Calcedonia en el año 451 frente a los nestorianos y monofisitas.

Podemos decir que Jesús, el Hijo de Dios, es una Palabra de Dios pronunciada en la historia de la salvación. Pero no cualquiera, sino la Palabra, aquella que ha sido la primordial de la historia de la salvación... tiene mucha más riqueza teológica referirse a Jesús como el «Verbo» de Dios, que como la «Palabra» de Dios.

Logos fue traducido al latín por «Verbum» y al castellano, inicialmente, por «Verbo», pero después por «Palabra».

Es verdad que en latín «verbum» puede traducirse tanto por «verbo» como por «palabra». Hay también otros términos en latín que pueden significar «palabra» como «sermo», por ejemplo. Sin embargo no es lo mismo «una» palabra de Dios que «la» Palabra de Dios.

Puede iluminarnos la diferencia que hay entre los términos «palabra» y «verbo» gramaticalmente hablando. Las palabras son todas las unidades lingüísticas, dotadas generalmente de significado, que hay en una frase. Pero solo una de ellas es el «verbo», la palabra principal pues transmite la idea, la acción que se quiere expresar en la frase.

Igualmente podemos decir que Jesús, el Hijo de Dios, es una palabra de Dios pronunciada en la historia de la salvación. Pero no cualquiera, sino la Palabra, aquella que ha sido la primordial de la historia de la salvación, aquella que ha expresado la idea divina, su acción principal.

Por tanto, tiene mucha más riqueza teológica referirse a Jesús como el «Verbo» de Dios, que como la «Palabra» de Dios.

No obstante, en la conclusión de la proclamación de las lecturas seguiremos diciendo: «Palabra de Dios», en latín «Verbum Domini». Porque el texto proclamado es en realidad «palabra de Dios», pero no es la «Palabra» con mayúsculas que es el Hijo, el «Verbo de Dios».

3. Conclusiones de los prefacios

La acción de gracias que elevamos a Dios en el prefacio de la plegaria eucarística concluye invitando a unirnos a los coros celestiales que están continuamente alabando a Dios. Y sigue el canto del Santo.

En esta parte final del prefacio se mencionan en el texto latino las diferentes jerarquías celestes: ángeles, arcángeles, serafines, virtudes, dominaciones, principados... Sin embargo, en la traducción primera al castellano que se hizo del Misal, se simplificaron estas conclusiones, repitiendo las mismas, sin correspondencia con los originales y suprimiendo la mención de las jerarquías celestes, más allá de los ángeles y los arcángeles.

En la nueva traducción vuelven a aparecer las virtudes, las dominaciones, los serafines, los querubines, etc.

Todos estos seres celestes los encontramos en diferentes pasajes bíblicos: los serafines, por ejemplo, en Is 6,1-7; los querubines en Gn 3,24 o Ez 10,17-20; los tronos, las dominaciones, los principados y las potestades en Col 1,16; las virtudes en 1Pe 3,22, etc. En la época patristica, fueron clasificados por el Pseudo-Dionisio Areopagita en su obra *De coelesti hyerarchia*.⁴

4. Se conviertan

La expresión latina de la epiclesis sobre los dones de la plegaria eucarística («corpus et sanguis fiant Domini nostri Iesu Christi») ha pasado de «sean ... el cuerpo y la sangre de Jesucristo, nuestro Señor»

4 *Obras Completas: Los nombres de Dios. Jerarquía celeste. Jerarquía eclesiástica. Teología mística. Cartas varias*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos 2002.

a «se conviertan ... en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, nuestro Señor».

Varios expertos habían hecho notar a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que la traducción española del verbo latino «fiat» no se correspondía con «sean» sino con la acción de «hacerse» o «convertirse». Tras las consultas pertinentes, la mencionada Congregación introdujo la modificación del texto de la epiclesis en castellano, poniendo «se conviertan» en lugar de «sean» en las ediciones del Misal en español correspondientes a la tercera edición típica.

5. Por muchos⁵

La palabra «multis», que aparece en la fórmula de la consagración del vino, al realizar la traducción del Misal al español, no se tradujo por

Decir «por muchos» podría hacer pensar que Jesús no ha muerto por todos. Todo lo contrario. Una de las certezas fundamentales de nuestra fe es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, tiene una misión salvífica universal, no reservada sólo al pueblo judío.

«muchos» («hic est enim calix sanguinis mei novi et æterni testamenti, qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum»), sino por «todos», expresando así, de modo inequívoco, el sentido dado por Jesús a su muerte: la universalidad de la salvación. En esta misma dirección se realizó la traducción en otras lenguas: alemán, inglés, italiano, portugués. La propia Sagrada Congregación para el

Culto Divino autorizó esta traducción justificándola⁶ y ofreció un estudio explicativo al respecto.⁷

No obstante, el 17 de octubre de 2006, el cardenal Francis Arinze, entonces prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de

5 Un interesante estudio señalando la perspectiva bíblica y dogmática del *pro multis* se encuentra en: A. D. DUCAY – P. GONZÁLEZ ALONSO, «La fórmula “pro multis”: perspectiva bíblica y dogmática», *Scripta Theologica* 48 (2016) 753-771.

6 Cf. *Notitiae* 6 (1970) 39-40.

7 Cf. M. ZERWICK, «...Pro vobis et pro multis effundetur...», *Notitiae* 6 (1970) 138-140.

los Sacramentos, escribió, por iniciativa del papa Benedicto XVI, a las Conferencias Episcopales (Prot. N. 467/05/L) para que en las próximas traducciones del *Misal Romano* que los obispos preparasen para sus países, tradujeran literalmente del texto latino original esa expresión de la consagración de la sangre de Cristo. El propio papa Benedicto XVI explicó al presidente de la Conferencia Episcopal Alemana las razones de esta modificación, en una carta fechada el 14 de abril de 2012.

Decir «por muchos» podría hacer pensar que Jesús no ha muerto por todos. Todo lo contrario. Una de las certezas fundamentales de nuestra fe es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, tiene una misión salvífica universal, no reservada solo al pueblo judío. Y así queda manifestado en la Escritura (cf. Mt 2,1-12; 28,19; Jn 4,42; 6,51; 11,51-52; Rom 5,15; 8,32; Ef 3,6; Gal 3,28; 2Cor 5,14; 1Tim 2,6; Tit 2,11; 1Jn 2,2; 4,14; Ap 5,9).

Sin embargo, aunque Jesús conocía el valor universal de su entrega, no dijo

«por todos» sino «por muchos», cuando en la Última Cena se refirió al derramamiento de su sangre (cf. Mt 26,28; Mc 14,24). De esta manera, estaba utilizando la misma expresión que encontramos en la versión griega de la profecía de Isaías sobre la misión del siervo de Dios: «Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores» (53,12).

Estaba utilizando la misma expresión que encontramos en la versión griega de la profecía de Isaías sobre la misión del siervo de Dios: «Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores» (53,12).

De este modo, Jesús habría establecido un paralelismo con este pasaje del Antiguo Testamento, reconociéndose como el siervo de Dios, mostrando ser aquella figura que la palabra del profeta estaba anunciando. Jesús había sido anunciado proféticamente por Isaías ya que él tomó «el pecado de muchos e intercedió por los pecadores», o como él mismo dirá en la Última Cena: su sangre «es derramada por muchos». La liturgia romana pone en evidencia este paralelismo cuando en la celebración de la pasión del Viernes Santo, se lee en la primera lectura el cuarto cántico del siervo del Señor del profeta Isaías (52,13–53,12).

También la liturgia, por ser fiel a las palabras de Jesús, dice «por muchos», adoptando la misma expresión que figura en los relatos de la institución de la Eucaristía en los evangelios de Mateo y de Marcos.

Por tanto, Jesús utilizó la expresión «por muchos» por fidelidad a las palabras del anuncio profético de Isaías y la Iglesia utiliza «por muchos» por un respeto reverencial a las palabras de Jesús. Esta doble fidelidad

es la razón concreta de la fórmula «por muchos». En esta cadena de reverente fidelidad, nos insertamos nosotros con la traducción literal de las palabras de la Escritura.

En la nueva traducción al castellano del Misal encontramos los títulos de las fiestas marianas con esa misma terminología: Bienaventurada Virgen María... en lugar de Nuestra Señora...

Además, si bien la redención de Cristo no es subjetiva sino objetiva universal (cf. 1Tim 2,4; GS 22), el ser humano puede acoger o no libremente la salvación que él ofrece. El mismo Jesús era consciente de que no todos aceptaban su invitación a seguirle. Así, al decir «muchos» permanece abierta la inclusión de cada persona individual en ese grupo de los salvados por la muerte de Jesucristo; no obliga, como sería el caso de «todos». «Muchos» no implica una limitación excluyente en la intención de Jesús, sino en la efectiva recepción del anuncio evangélico, condicionada por la libertad humana que puede o no acoger la generosa propuesta del Señor. Cada uno es invitado a aceptar voluntariamente por la fe el don que le es ofrecido gratuitamente y recibir la vida sobrenatural que es dada a los que participan del misterio, haciéndolo realidad de tal modo en su vida que forme parte del número de los «muchos».

6. Tercera aclamación tras la consagración

El Misal ofrece tres aclamaciones de la asamblea dirigidas a Cristo, tras la consagración. Estas tienen un contenido anamnético-escatológico, manifestando así la actualización de la victoria pascual de Cristo, acontecimiento del pasado que se actualiza en el presente y se abre al futuro.

Sin embargo, la traducción de la tercera de ellas no recogía bien esa triple dimensión temporal presente en el texto original latino.

«Salvator mundi, salva nos, qui per crucem et resurrectionem tuam liberasti nos», había sido traducido hasta ahora como: «Por tu cruz y resurrección, nos has salvado, Señor». En cambio, la nueva traducción, «Sálvanos,

Salvador del mundo, que nos has liberado por tu cruz y resurrección», incorpora la dimensión escatológica que figura en el texto latino.

7. Bienaventurada Virgen María

La liturgia, en los textos latinos, cuando se refiere a la Virgen María, la llama normalmente: «Beata Maria Virgo». Adopta así el mismo término con el que se le dirigió Isabel cuando recibió su visita mientras estaba embarazada: «Beata, quae credidit, quoniam perficientur ea, quae dicta sunt ei a Domino» (Lc 1,45). Y la misma expresión con la que ella misma dijo que le llamarían todas las generaciones: «Beatam me dicent omnes generationes» (Lc 1,48).

Es por ello que en la nueva traducción al castellano del Misal encontramos los títulos de las fiestas marianas con esa misma terminología: Bienaventurada Virgen María... en lugar de Nuestra Señora...

Además, el uso del título «Nuestra Señora» acarrea un problema teológico. Ya que «Señor» es el nombre más habitual para designar la divinidad misma del Dios de Israel (cf. *Catecismo de la Iglesia católica* 446). Igualmente se utiliza para dirigirse a Jesucristo y al Espíritu Santo, mostrando así la divinidad de ambos: «Creo en un solo Señor, Jesucristo...» y «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida...», decimos en el Credo Niceno-Constantinopolitano. Pero llamar a la Virgen «Señora» puede hacernos pensar que ella es «la cuarta» persona de la Trinidad, siendo de naturaleza divina. Y, si bien María es la más excelsa de todas las criaturas, no podemos atribuirle el título divino.

8. Santos que practicaron obras de misericordia

En el Común de santos encontramos un formulario para aquellos que practicaron obras de misericordia («pro iis qui opera misericordiae exercuerunt»).

En la traducción precedente, se decía: «aquellos que se han consagrado a una actividad caritativa». Sin embargo, el texto latino no habla propiamente de «actividades caritativas» sino de «obras de misericordia» («opera misericordiae»). Y, si bien el *Catecismo de la Iglesia católica* indica que «las obras de misericordia son acciones caritativas» (núm. 2447), tiene mucho más peso en la tradición eclesial hablar de «obras de misericordia» que de «acciones caritativas».